

La edición del texto latino presenta un doble aparato: uno crítico, donde se da cuenta de las diferencias textuales entre las dos ediciones, y otro de fuentes y citas clásicas. La traducción, hartamente elegante, se ha realizado ajustándose a la índole del tratado, manteniendo, de una parte, su carácter didáctico y, de otra, su contenido técnico. La versión va acompañada de numerosas notas de diversa índole y de gran importancia para la comprensión de un texto tan dificultoso como *La esfera del mundo*.

En definitiva, los estudiosos del humanismo hispano debemos dar las gracias a la Institución Cultural «El Brocense» por sacar a la luz una edición y estudio de dos de los tres libros «científicos» del Brocense con unos resultados tan excelentes y acordes al gran especialista a quien con tan gran acierto se le había encomendado dicha tarea.

Universidad de Cádiz

José María MAESTRE MAESTRE
josemaria.maestre@uca.es

ENEAS SILVIO PICCOLOMINI, *Cintia, Historia de dos amantes*. Edición de José Manuel Ruiz Vila. Ediciones Akal, Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas 19, Tres Cantos (Madrid) 2006, 160 pp. ISBN-10: 84-460-1315-0.

José-Manuel Ruiz Vila (en adelante, RV) traduce y estudia en este libro dos obras, desiguales por su interés e importancia, de Eneas Silvio Piccolomini, el futuro Pío II en la silla de Pedro. Nacido en 1405 dentro de una ilustre familia sienesa, cuando en 1458 calzó las sandalias del Pescador, Eneas Silvio adoptó el nombre —no menos virgiliano— de Pío (*pius Aeneas*)¹. Durante los últimos años de su vida, hasta su muerte en 1464, Pío II hubo de aplicarse a hacer frente al principal problema político de la Cristiandad: la amenaza turca en el sureste de Europa. El destino lo devolvía así a las lindes de Asia, de donde había salido su héroe homónimo.

Esas obras son *Cynthia* (sic), colección de poemas de juventud de temática variada —si bien en ellos el modelo, en forma y asuntos, de la elegía latina (la *Cynthia* properciiana, por ejemplo) está muy presente— y la *Historia de duobus amantibus*, datada en 1444, novela breve «epistolar» (por su continente) que se ha calificado de «erótica» (por su contenido). Mientras la primera, de calidad discreta, interesa sobre todo como muestra de la formación y personalidad del joven Piccolomini, la segunda enlaza con el tratado *De amore* de Andrés Capellán y con la *Fiammetta* de Boccaccio —sin prescindir por ello de un trasfondo virgiliano que es común a prácticamente todo lo escrito por Eneas Silvio: no por casualidad, entre préstamos y paralelos varios, el protagonista masculino de la *Historia* se llama Euríalo—, inscribiéndose junto con esas obras en un tipo de literatura de gran difusión e influencia en el Renacimiento. Curiosamente, y aun contando con la gran diversidad existente entre ellas, tanto *Cynthia* como la *Historia de duobus amantibus* coinciden en la reprobación final de la pasión amorosa tras explorar,

¹ Con algunas variaciones, las fuentes antiguas asignan a la unión de Eneas y Lavinia —sangre troiana e itálica— el origen de la estirpe de los Silvios, reyes de Alba Longa, que incluye un Silvio Eneas o Eneas Silvio: VERG. Aen. 6, 760-767; LIV. 1, 3; DION. HAL. 1, 70. Nuestro escritor tiene un abuelo llamado como él, Eneas Silvio, y su padre se llama Silvio Póstumo; en la querencia de los Piccolomini por el nombre de Silvio pudo también influir el verso de la *Comedia* donde Dante se refiere a Eneas como «di Silvio il parente» (*Inf.* II 13).

eso sí, sus muchas facetas y situaciones. Ese rechazo de la alienación y los peligros del amor es más explícito en la segunda, fechada ya en la madurez del autor, cuando Eneas Silvio, hasta entonces fácilmente seducido por las delicias de Venus, quiere imponer a su vida derroteros más serios. No parece necesario, en cualquier caso, romperse mucho la cabeza para dilucidar si en la *Historia* prima lo placentero y morboso o bien la admonición moralizante por vía del *exemplum* negativo. Probablemente, más allá incluso de las normas sociales de cualquier época, la ambigüedad que advertimos en Piccolomini a la hora de enjuiciar la conducta de los amantes, y la suya propia, es esencial en la naturaleza humana, siempre oscilante entre Dioniso y Apolo.

El libro de RV aparece bien estructurado. La traducción de las dos obras va precedida de sendas Introducciones, más una previa Introducción general —suficiente y amena— a la figura del humanista y pontífice. En apéndice se nos da, también traducida, la bula de 1442 por la que Federico, «rey de romanos», lo corona como *poeta laureatus*. Todo ello se completa con índices y una útil Cronología. Seguramente es responsabilidad de la editorial el que junto a la versión de RV no se nos ofrezca el texto original latino, lo cual habría hecho más fácil y seguro emitir un juicio sobre la calidad de su labor; no obstante, RV compensa esa ausencia con las muchas citas bilingües que salpican el libro, de las que inferimos que su competencia como traductor es más que mediana. Y excepcional, desde luego, es su conocimiento de la figura y la obra de Eneas Silvio: a juzgar por este libro y por las referencias bibliográficas en él aducidas, puede afirmarse que él y Francisco Socas son los principales estudiosos, en España, de nuestro papa humanista. Así pues, sentado que la impresión general es muy positiva, claro está que encontramos pasajes —cuando disponemos del texto latino— donde la versión se nos antoja perfectible, pero normalmente se trata de aquilatar la versión, más que de francas correcciones. Veamos un ejemplo. Por tres veces (en las páginas 112, 146 y 150 del libro), y con idéntica finalidad aleccionadora, se refiere Piccolomini a la experiencia del amor como algo más amargo que dulce. En las dos primeras echa mano de la paronomasia *fel - mel*, según una contraposición que parece casi proverbial en la lengua latina (véanse los ejemplos aducidos en el *Oxford Latin Dictionary*, s.v. *fel* 1d); en ambos casos RV traduce adecuadamente, manteniendo la paronomasia, por «hiel» - «miel». El tercer caso es, sin embargo, distinto. Aquí, en muy destacado lugar, nada menos que la última frase de la *Historia*, Eneas Silvio emplea una expresión de Juvenal: una mujer engreída —había dicho el Aquinate— *plus aloes quam mellis habet* (6, 181). Al hacer suya esta expresión de Juvenal, Piccolomini quiere sin duda remachar la contraposición anterior hiel-miel, de manera que no extraña la versión de RV —«[la pócima del amor... tiene...] mucha más amargura que miel»— al insistir en el mismo concepto. Pero, si bien se recoge así el significado general y básico, al traducirse *aloe* metonímicamente por «amargura» se pierde la especificidad, la gracia de la expresión, que alude a un contexto preciso: el uso medicinal del jugo espesado del aloe (*Aloe vera* L.), presumiblemente endulzado con miel. Ese jugo cuajado, reducido a una masa oscura y muy amarga es el acíbar, que en nuestra lengua es asimismo sinónimo de «amargura, sinsabor o disgusto» (*D.R.A.E.* s.v.), con lo que el círculo se cierra y esa voz («acíbar») venía aquí como anillo al dedo².

² En su traducción de Juvenal (Alianza: Madrid 1996, p. 149), Francisco Socas precisamente traduce *aloe* por «áloe», que puede valer lo mismo que «acíbar», aunque no creo que el lector moderno perciba «áloe» como sinónimo de «amargura», sino que más bien asocia el término a la planta hoy tan en boga, por su uso dermatológico sobre todo. Nótese, en fin, que Piccolomini, en la segunda ocasión (p. 146 del libro de RV) anticipa ya la referencia medicinal, pues a la contraposición hiel-miel —el amor, que tiene

Topamos también, desde luego, con los inevitables descuidos y erratas que tristemente afean la mayoría de los libros: señalaré tan sólo el plural espurio *excursi* de la página 97, o el «Filippo» duque de Borgoña de las pp. 17 y 147, nombre cuyo aspecto italianizante no acierto a explicarme. A veces, RV se expresa de forma discutible, como cuando se dispone a hacer la semblanza de «un humanista pontífice» (¿no será «un pontífice humanista» o «humanista y pontífice»?), o se refiere a «esa pequeña historia... que se mimetiza [léase 'que pasa inadvertida'] entre los grandes acontecimientos», o dice que «no debemos llevarnos [léase *llamarnos*] a engaño» (los tres ejemplos son de la página 11); ni resulta exacto calificar de «mitológicos» (p. 97) los nombres de los protagonistas de la *Historia*: Lucrecia y Euríalo serían, más propiamente, personajes «legendarios» o «literarios». En otro orden de cosas, algunas consideraciones o juicios expresados por RV en las páginas introductorias no dejan de suscitar reparos. Así, parece un exceso de interpretación asignar a dos excursos en concreto, que van intercalados en la segunda mitad de la *Historia*, la función deliberada de proporcionar una pausa y aliviar la tensión de la narración (véanse las pp. 96-97); en realidad, tanto esas como otras digresiones o cuñas, más o menos largas, sirven de contrapunto sentencioso o moralizante, aportando la profundidad del viejo saber —suelen ser citas de los antiguos— al relato plano de los hechos. Finalmente, cabe señalar algunas carencias. Dentro de la Introducción a *Cinthia*, por ejemplo, falta una referencia a la forma métrica de los poemas, por más que todo indique que se trata de dísticos elegíacos. En cuanto a la *Historia*, se echa de menos una valoración de su temprano traslado a lengua castellana³, y del rico y complejo contexto literario en que esa traducción se lleva a cabo y se lee, la llamada «ficción sentimental». Me refiero a la relación de la *Historia* con obras tales como, entre otras, la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro o *La Celestina*: léase lo escrito a este respecto por Iñigo Ruiz Arzálluz en el Prólogo a la edición de la segunda en la Biblioteca Clásica de la editorial Crítica, Barcelona 2000, pp. CXXIII-CXXIV. Advertimos, por último, una negligencia llamativa en la versión de la *Historia* aquí ofrecida, y es la ausencia de división del texto en párrafos, lo que merma la utilidad de la traducción; en cambio, las citas del original latino sí se dan con numeración de párrafo.

Todo lo dicho no impide, desde luego, reconocer los evidentes méritos del trabajo de RV al poner en las manos del público español —español por su competencia lingüística— una traducción solvente de dos obras escritas en un latín humanístico algo centenario, es verdad, mas muestras ambas, al cabo, interesantes —sobre todo la *Historia*— de la sensibilidad renacentista. Amén de la completa y ponderada introducción a la atrayente figura de Eneas Silvio-Pío II, actor destacado en la historia cultural y política de su tiempo... un tiempo en el que el lector avisado no dejará de advertir algún paralelismo con el nuestro.

Universitat de Barcelona

José-Ignacio GARCÍA ARMENDÁRIZ
garciarim@ub.edu

más de lo primero que de lo segundo— añade inmediatamente «no es tan amargo el ajeno como tú» (como el amor), siendo el ajeno (*Artemisia absinthium* L.) planta, y remedio, similar por su amargor al áloe/acíbar, y con igual significación figurada: cf. QUINT. inst. 3, 1, 5. Que en las tres ocasiones (pp. 112, 146 y 150) RV remita, en nota, al mismo *locus* de Juvenal no resulta acertado, pues en rigor el préstamo se da sólo en la tercera.

³ La versión de 1512 se menciona de pasada, en la Bibliografía, pero hay una edición salmantina anterior.